

La puerta

ALBERT LLADÓ



COLECCIÓN CULTIVA • NÚMERO 148

Primera edición: Julio 2007

© Albert Lladó

© Derechos de edición reservados
Cultiva Comunicación SL
Teléfono: 91 50 60 975
www.cultivalibros.com

Edición: A. de Lamo
Maquetación: Yudi Vargas Parra
Prólogo: Fernando Clemot
Foto portada: David Lladó
Foto autor: Meritxell Gutierrez

Impresión:

Precio ejemplar: 14 €

ISBN 13: 978-84-9923-370-3
Depósito Legal:

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada, vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.



“Quedan atrás los días ya pasados,
triste fila de cirios apagados...”

No quiero volverme por no ver con horror
cómo la fila oscura avanza rápida...”

C.P. Kavafis



Al abrir la puerta

“**B**ildungsroman”, que se puede traducir como novela de formación o de aprendizaje, es uno de los términos técnicos más antiguos de la novelística, quizá porque prácticamente nació pegado a la novela. El vocablo se acuñó en 1820, casi al cierre del Romanticismo como género, y aparece por primera vez en un texto crítico del filólogo Morgenstern para referirse a una novela de Goethe, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, una novela de finales del XVIII, que aparece como un hermoso remache de *Las desventuras de Werther*.

Y aparece tan pronto el término porque la novela como género contiene dentro el germen de la novela de aprendizaje, ya el Lazarillo de Tormes era un claro ejemplo de este subgénero que suele crear desarrollos muy atractivos; los personajes crecen y maduran en los ojos del lector, empatiza el que lee con ese protagonista que se ha convertido en un hombre en un centenar de páginas, sufre el lector con los peligros que le acechan, recuerda sus primeros amores en las aventuras románticas del joven héroe... La novela de aprendizaje ha sido un subgénero de éxito al que la novela debe buena parte de las mejores piezas de los últimos dos siglos como son *El gran Meulness*, *Rojo y negro*, *Los miserables*, *Los niños terribles*... Hesse, Proust, muchos han bebido de esta fuente inagotable de argumentos.

Aparece la novela de Albert Lladó como un estupendo exponente de esta herencia de varios siglos. Albert, protagonista-trasunto del autor, entra en la novela a través de una experiencia traumática y aborda su llegada a la gran ciudad, en este caso Barcelona, como una gran oportunidad para desembarazarse lastres personales que arrastra de su pueblo natal. La tragedia está al principio, se diría que marcando de esta manera a fuego el carácter algo huraño y melancólico del protagonista.

En lo estilístico Lladó transfiere las vivencias del personaje de forma nítida: capítulo corto, frase breve y párrafos muy ceñidos, una forma para trasladar el pensamiento y las acciones del personaje de una forma frenética, con un ritmo que recuerda mucho al de Pío Baroja, que se diría que es uno de los modelos estilísticos de Lladó. Porque en *La puerta* encontramos toques que conectamos mentalmente con *La busca* y *El árbol de la ciencia*, se diría que Albert es un pariente próximo del Manuel y Andrés de estos dos libros, que pocas novelas de aprendizaje encontramos más claras que las primeras de este escritor.

Y nos puede recordar con más fuerza a estas obras porque el protagonista, pese a estar situada la acción en el presente o en un pasado inmediato, parece vivir en un limbo temporal. Apenas se destila de la narración algún elemento que emparente a la novela con la actualidad, con el mecanicismo, internet o el mundo relacionado con las nuevas tecnologías. Incluso la ambientación- apenas se mueve de la Barcelona antigua de las calles Carme, Hospital o del Raval- parece colaborar a esta suspensión

temporal. El protagonista vive en un mundo clásico (amurallado como las antiguas rondas cerraban la ciudad) del que se alimenta con una curiosidad de esponja, porque el protagonista tiene interés por todo, por el cine, el arte, la literatura, el jazz, la filosofía, se rodea de estudiantes ebrios de saber y experiencias como él en una Barcelona que muy a menudo recuerda al París existencialista de Les Deux Magots y del Flore.

Las brújulas del protagonista en esta Barcelona apática y algo decadente serán dos figuras- una real y otra imaginaria-, dos escritores: Jesús Lizano y Julio Cortázar. El primero será una suerte de soporte vital, un modelo ideológico; el segundo es el modelo literario a seguir. Nos dice Dumas que la juventud no puede soportarse sin un ideal o un vicio y en este caso su amor por Blanca y una enramada ideológica cada vez más densa es el soporte de nuestro protagonista en los momentos de apuro.

Lladó nos deja con *La puerta* una primera novela llena de encanto y aciertos, de lecturas bien filtradas. Una novela que tiene un desarrollo atemporal porque sabe que lo temporal ha de acabar siempre en fracaso y en anécdota, una novela que sabe que en los universales-el arte, la amistad, el amor- está el mejor lenitivo para combatir la apatía y el desasosiego.

Fernando Clemot





I





1 La puerta

La puerta entreabierta. Una luz tenue. Como una luz de cirio que se va apagando. Una llama que va luchando por la vida. Un último suspiro.

Había vivido la enfermedad de mi padre desde el principio, pero ahora era diferente. La degeneración física era absoluta y no me veía con fuerzas para entrar. Mi tío no paraba de repetirme que tenía que despedirme de mi padre, que era el momento del adiós, que él me estaba esperando.

¿Despedirme? Ya me había despedido tantas veces, tantas veces había imaginado el final, que el hecho de entrar en la habitación, ahora, me parecía estúpido. Mi padre, de alguna manera u otra, ya estaba muerto desde hacía días, meses.

La luz cada vez era más débil, pero aún había la suficiente como para poder ver la cama. Estaba dispuesto a no entrar. No tenía que demostrarle lo que le quería - lo que le necesitaba - en un acto inútil. Pero las lágrimas de mi madre, que ya no era mi madre sino un cuerpo esquelético carcomido por la tristeza que utilizaba su voz, me empujaron hacía adentro. Tenía que entrar en ese purgatorio improvisado, hacer ver que no estaba aterrorizado, disimular, y convencerme a mí mismo que ese cadáver era mi progenitor.

Abrí la puerta y todo era blanco, más blanco que de cos-

tumbre. El olor a limpio era olor a muerte. Mi padre, o lo que quedaba de él, hizo el esfuerzo de dedicarme una leve sonrisa. Una última sonrisa.



II





2 Tren

Subí al tren con una maleta y una bolsa de viaje. El resto de bártulos me los traería mi tío en coche, la semana siguiente. Las vías iban rodeando, como una caricia, toda la costa con el mar, desnudo, de fondo.

Aún tenía la ansiedad de los últimos días dentro. Una ahogo persistente, y un dolor punzante con sabor a cristal roto, me impedía respirar con facilidad. El entierro y las miradas. Familia por todas partes, gente que sólo había visto en fotografías, lágrimas que, junto a la lluvia de la mañana, reforzaban el fotograma de la despedida.

El trayecto en tren, con el mar como único compañero, no ayudaba a olvidar las últimas escenas grabadas en mi memoria reciente. Entre parada y parada se me aparecía, muerto, con los ojos cerrados, inmóvil, encerrado en esa caja con olor a barniz, mi último padre.

De repente, una sensación extraña me recorría el cuerpo. Entraba por el dedo gordo del pie derecho, se expandía, rápidamente, por venas y arterias hasta llegar al pecho, a la opresión, y, aunque no sé muy bien por qué, me liberaba momentáneamente. Estaba sólo allí, en ese vagón lleno de pasajeros, con sus vidas y sus muertos, con sus pechos y su gota a gota de aire, y sentía que todo cambiaba de forma. El dolor acumulado, estancado, el dolor que se respiraba por

todas partes, por los poros de cada pared de la casa, estaba desapareciendo. Al cabo de pocos segundos, volvía. Y, enseguida, desaparecía de nuevo. Era como una cadena que me ponían y quitaban, que me hacía prisionero de una adolescencia llena de enfermedad y hospitales, y que, al momento, me enseñaba una juventud futura, en una gran urbe cosmopolita, llena de libros y tertulias. Fue mucho después cuando supe, realmente, qué la libertad no se consigue completamente, ni se alcanza esa promesa ficticia de salir del útero, porque jamás se sale del todo. La libertad. Darse cuenta de nuestra abismal fragilidad. Ser conscientes. Resignarse.

El panorama, el paisaje, cambió por completo de una estación a otra. Al cabo de una hora de viaje, las aguas azules se convirtieron en paredes llenas de graffitis, estaciones abandonadas, y drogadictos que se escondían entre los matorrales que crecían junto a las vías. Entramos en un túnel. Y, en pocos minutos, llegué a mi destino. Con la maleta y la bolsa, que pesaban muchísimo - una adolescencia entera - me dejé llevar por unas inacabables escaleras mecánicas.

Plaza Cataluña es un lugar que, con el tiempo, va perdiendo misterio. Pero la primera vez que la pisas, si es de noche, y las luces se reflejan en las baldosas del centro, jamás se olvida. Aunque la encuentres, luego, repleta de extranjeros despistados, de turistas del alcohol, de las compras, de asesinos de la autenticidad de cualquier rincón del mundo.

3 Barcelona

Ruido. El ruido de mi maleta, y de otras muchas que, como si se tratara de un concierto mal coordinado, bajábamos las Ramblas. Los mimos, las flores y las putas me daban la bienvenida a esta Barcelona desconocida, nocturna, adulta. Una tarde de domingo de septiembre con un frío discreto, pero intenso, de esos que se meten en los huesos.

A la altura de la calle del Carme, giré. Las tiendas de principio de siglo, con adornos modernistas, iban de la mano con restaurantes de cocina de autor, con poca luz, con un minimalismo demasiado buscado, demasiado evidente.

Tenía los ojos más abiertos que nunca. Iba mirando cada detalle, cada persiana bajada. Justo en la esquina con la calle de Els Àngels se encontraba el número que buscaba. Un portal de hierro forjado, y un suelo de blancos y negros, era la entrada a aquel piso de estudiantes. Llamé al timbre. Me abrió un chico.

El ascensor no funcionaba y tuve que subir la maleta y la bolsa de viaje por las escaleras. Pesaban bastante, pero antes de llegar al rellano, salió Mikel, y me ayudó con el equipaje.

Mikel era un estudiante vasco, con unas enormes rastas y que, indiscutiblemente, estaba enamorado de la marihuana.

Entramos en el comedor. En el techo había una lámpara enorme, hecha de un papel rojo que iluminaba todo de ese color. En la pared, encima del sofá, tenían colgada una tela

que parecía india. En la otra pared, nos miraba el Che, en forma de póster, con un enorme habano, como si nos estuviera vigilando.

A parte de Mikel, no había nadie más en el piso. Me hizo un rápido recorrido de reconocimiento. Mi habitación era muy pequeña, justo al lado del cuarto de baño. Enfrente, dormían él y Toño, el otro estudiante vasco con el que compartía habitación. Al final del pasillo, el cuarto más grande, estaba ocupado normalmente por dos hermanas: Sandra y Bea.

Todos, más o menos, teníamos la misma edad, menos Toño, que había venido a Barcelona a acabar la carrera y se había quedado aquí.

Mi habitación era un cuadrado, pero tenía lo indispensable. Un escritorio, una estantería y una cama. Mi nuevo escenario, mi nueva oportunidad. Dejé las cosas, sin ordenar, y salí al comedor. No había balcón, pero un enorme ventanal hacía de esquina de las dos calles. En él, había colgada una bandera republicana. Respiré la humedad de Barcelona, una humedad que me pareció totalmente liberadora.

Por la noche, cenamos todos juntos. Toño no paraba de hablar y hacer bromas mientras Mikel encendía, sin parar, un porro detrás de otro. Bea me miraba como el que mira un animal encerrado en un zoo. Sandra, morena y algo más tímida, me sonreía constantemente. Atractivas las dos, aunque de forma distinta. Bea, algo mayor que yo, rubia, con ojos de gata, enormes, rasgados. Sandra, inocente, amable, al compás de lo que dijera la hermana, que siempre llevaba la iniciativa en todo.

Fui pronto a dormir. Llamé a casa para decir que había llegado bien. Puse la radio y apagué la luz.